EL ROSAL DE LA BELLEZA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

EN UN ACTO.

Una coincidencia alfabética.
Un animal raro.
Lo que le falta á mi marido.
Al borde del precipicio.
Dos! y tres... dos.
Aurora de libertad.
Una casa de fieras.
El mundo en un armario!!
La venida del Mesías.
Un Milord de Ciempozuelos.
Americanos de pega.
Pedro el Veterano.
El retrato de Macaria.
¡El demonio de los Bufos!!!!
La comedianta Rufina.
El impuesto de guerra.
Dos cómicos de provincias.
¡Viva la Paz!
Carracuca!!!
Una alumna de Baco.
La salsa de Aniceta.
El marqués del pimenton.
El canario gris.
Los escéntricos.
Los compañeros de Picio.
Picio, Adan y Compañía.
Los feos.
Dos tontos de capirote.
Las espinas de una rosa.
Artistas á cala.
El barbero por la Patii.

EN DOS ACTOS.

Una conversion en diez minutos.
Un liberal como hay muchos.
El Can-cán.-¡Atrás, paisano!
Setiembre del 68 y Abril del 69.
El Teatro en 1876!!
El príncipe Lila.
Satanás II.
El Diamante negro.
El destierro del amor.
Cibeles y Neptuno.

EN TRES ACTOS.

La Almoneda del diablo.
La paloma azul.
La espada de Satanás.
El laurel de plata.
La azucena del prado, zarzuela. [1]
Desde Céres á Flora.
Los amores del diablo.
Vivir al dia.
Azulina, zarzuela.
El Rosal de la Belleza.

PIEZAS BILINGÜES.

De femater á lacayo.
Les elecsions d'un poblet.
Un rato en l'hort del Santissim.
En les festes d'un carrer.
La mona de Pascua.
La flor del cami del Grau.
La toma de Tetuan; [2] zarzuela.
Dos pichones del Turia, [3] zarzuela.
La cotorra d'Alacuas.
Telémaco en l'Albufera, parodia.
Una broma de Sabó.
Una paella.
Un doctor de secá.
Zapatero... á tus zapatos.
L'agüelo Patillagroga.
Nubolaeta d'estiu. [4]
Carracuca!!!
La comedianta Rufina.
El que fuig de Deu...
Adan y Eva en Burchasot.
Doña Juana Tenorio.
Arros en fesols y naps.
Dos Adans contra un aserp.
La ocasio la pintan calva.
Volantins en Chirivella.
Chavaloyes.
Cachupin en Catarrocha.

---

1 Música de D. Joaquin Miró. 2 Id. Id. 3 Música de D. F. A. Barbieri 4 Id. del Sr. Nieto.

EL ROSAL DE LA BELLEZA,

ESPECTÁCULO LÍRICO-FANTÁSTICO

EN TRES ACTOS, EN PROSA Y VERSO,

LETRA DE

DON RAFAEL MARÍA LIERN,

MÚSICA DEL

MAESTRO MANGIAGALLI.

Estrenado con gran éxito en el Teatro de la ZARZUELA el dia 4 de Marzo de 1881, y en el de la PRINCESA de Valencia el 22 de Diciembre de 1882.

MADRID.—1883.

IMPRENTA DE COSME RODRIGUEZ.
SOBRINO DE DON JOSÉ RODRIGUEZ.
Calvario, n.º 18.

PERSONAJES DE ESTE ACTO.

	EN MADRID.	EN VALENCIA.
AURORA	D.ª C. PARIS	D.ª A. MONTAGAT.
MARICA	P. CABEZA	D. MILLANES.
HALCONERO	D. A. GALLARDO	D. MILLANES.
ALHELÍ	C. MARTIN	P. GALAN.
ORO / CORAL	A. GALLARDO	A. APARICIO.
SACATRAPOS	JOSÉ GARCÍA	M. RODRIGUEZ.
RICARDO	A. BENAVIDES	R. NAVARRO.
TRABUCO	J. RIHUET	J. B. PONS.
EL PLANETA	BOSCH	S. GONZALEZ.
AZOGUE	RIHUET	S. GONZALEZ.
PLOMO	BOSCH	J. BUESO.
FEROZ	MARTIN	VERDÚ.
GAMO	CARSI	VERDÚ.
EL REY DEL FUEGO.	MAGRANA	BAYARRI.
TIJON 2.º	BUXÓ	C. FERNANDEZ.

Decoraciones en Madrid, SRES. VALLS. Y MURIEL.
En Valencia, ALÓS Y GALLELL.
Vestuario en Madrid, D. LORENZO PÁRIS.
En Valencia, SR. PÉRIS.
Attrezo en Madrid, J. BUENO.
En Valencia SR. ARAMBOL.

Á MI QUERIDO SOBRINO

JOAQUINITO PASQUAL Y LIERN.

En prenda de gran afecto

RAFAEL MARIA LIERN.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

LA MONTERIA.

Gran panorama de montería. Caballos y cazadores en los primeros términos: episodios de caza en los últimos.

ESCENA PRIMERA.

Aparece el coro de cazadores; unos están sentados; otros disponiendo sus armas. Á poco de levantarse el telon todos han de manifestar gran alegría y cantar el coro con animacion y bravura.

MUSICA.

CORO.

UNOS. Dejad el descanso.
OTROS. La siesta acabad.
UNOS. En marcha á los montes.
TODOS. Cacemos, cazad.

Á cazar, á cazar.

—

Hermosa la tarde (Bajan al proscenio.)
y el cielo sereno
nos brindan ameno
dichoso placer.
Al monte subamos
por esas pendientes,
y fieros, valientes,
tendremos que ser.

—

Imágen de la guerra
la caza es,
pues tiene sus fatigas
y su placer.
La fiera nos aguarda
feroz allí...
Desprecio los colmilíos
del jabalí.
Á cazar, á cazar.
Ah!
Hermosa la tarde, etc., etc.

HABLADO.

UNO. Vamos á batir el monte.

TODOS. Vamos.

UNO. Ah! La escelsa duquesa, nuestra señora y dueña. Viva!

TODOS. Viva! (Durante las cadencias del coro ha aparecido Aurora montada á caballo. Dos pajes tienen el caballo del diestro. Los precede el Halconero. Detrás de la duquesa vienen algunos monteros.)

AURORA. Gracias, y el cielo prospere vuestra fortuna. Empecemos la montería en aquella colina.

HALC. Ántes oidme, caballeros. La egregia duquesa, nuestra señora, ha perdido en estos bosques una joya de familia de inestimable precio. Si el brillo de sus diamantes

hiere vuestros ojos, recobradla y ofrecedla nuevamente á sus piés.

AURORA. Que os importa mucho. Y ahora á las montañas, bravos monteros.

UNO. Vamos: viva la duquesa!

TODOS. Viva! (Repite la orquesta sola el último motivo del coro anterior. Vánse en todas direcciones.)

MUTACION.

CUADRO SEGUNDO.

LA CHOZA.

Interior de una choza. Hogar á la derecha con chimenea de campana. Puerta al foro, otra lateral á la izquierda. Terminado el preludio por la orquesta, sube el telon.)

ESCENA II.

RICARDO. Aparece sentado en una silla contemplando un medallon, que de vez en cuando aprieta sobre su corazon, despues de llevarle á sus labios. Óyense á lo léjos toques de caza.

RICARDO. Quién será? Encantadora mujer! Precioso hallazgo el de este medallon con cerco de diamantes. Ménos brillan ellos que los ojos de la mujer aquí retratada. Desde que poseo esta joya, cuyo valor material desprecio,

parece que nueva luz alumbra mi inteligencia y que mi pecho late á impulso de más dulces sentimientos. Yo amo á esta mujer! ¡Oh! sí, la amo con todas las fuerzas de mi espíritu, y mi amor se agranda y crece; aguijoneado por la curiosidad de saber quién es. Quién será?—Egregio ha de ser su rango, á juzgar por la riqueza de la joya. Pero, nécio de mí! Áun suponiendo que yo descubra al original de este retrato, ¿bastará mi amor para conseguir el suyo? Quién soy yo? Un mísero leñador, sin familia, sin nombre conocido!... No: yo soy algo más de lo que parezco. Mi manera de sentir, mi modo de pensar en medio de la aspereza de los bosques me lo anuncia, y sobre todo me lo asegura la voz secreta de mi corazon.

MARICA. (Dentro.) Ricardo?

RICARDO. Á descubrir quién soy, dedicaré todas las horas de mi existencía...

MARICA. (Dentro.) Ricardo?

RICARDO Y si soy digno do esta mujer, la haré mi esposa.

MARICA. (Saliendo.) Ricardo!—Hola! ¿Conque te hacías el sordo para burlarte de mí?

ESCENA III.

RICARDO, MARICA.

RICARDO. (Con humildad.) No os había oido, señora Marica.

MARICA. Á otro perro con ese hueso!...

RICARDO. (Dignamente.) Notad que nunca ha mentido mi labio.

MARICA. Altivo sobre embustero! Eso te faltaba!

RICARDO. ¡Señora Marica! (Incomodándose poco á poco.)

MARICA. Esto es! alza el gallo todavía! Pícaro, holgazan, mal criado.

RICARDO. (Furioso.) Señora Marica?

MARICA. Atrévete... si eres hombre!

SACAT. (Dentro.) Ricardo?

MARICA. Ahí está mi marido. Él te ajustará las cuentas!

SACAT. (Dentro.) Ricardo?... Pero, muchacho, ¿no vienes á ayudarme? Que vengo cargado como un pollino.

RICARDO. (Con mal humor.) No puedo, señor.

SACAT. (Entrando.) ¿Qué tono es ese?

MARICA. Ya lo vés!... Ya lo vés! .. Despídelo de la choza inmediatamente. Ha querido pegarle á tu pobrecita mujer!..

SACAT ¿Cómo se entiende?

MARICA. (Furiosa.) Despídelo.

SACAT. (Despues de vacilar.) Si no puedo...

MARICA. Porque eres un galopo como él!... No puedo despedirlo; no puedo despedirlo!.. Siempre la misma contestacion!.. siempre ambajes y rodeos. Quieres explicarte de una vez?

SACAT. Sí, que ya tengo harto el buche de misterios y de oirte despedir á ese chico. Oidme con atencion: Ricardo es para nosotros una herencia de familia como quien dice.

MARICA. (Con asombro.) Una herencia de familia?

SACAT. Escúchame con paciencia. Mi padre fué, como yo, un pobre leñador. Una tarde,—hace de esto veinticinco años,—de regreso á la choza, atravesaba el bosque el pobre viejecito, agobiado bajo el peso de un haz de leña. El cielo estaba encapotado: de repente aparece un gran resplandor en medio de los árboles, y...

MARICA. ¡Ay! no me asustes, que ya me estoy estremeciendo.

SACAT. Una familia de gitanos atizaba la lumbre de una hoguera enorme!... Uno de ellos sostenía apoyada en las trébedes una gran parrilla!.. Junto á la hoguera lloraba amargamente un pobre niño recien nacido, desnudito y tembloroso...

MARICA. (Temblando.) ¡Dios mio!.. (Ricardo escucha con gran interés.)

SACAT. En el momento de llegar mi padre, una infame gitana se disponía...

MARICA. Á asar al niño... ¿verdad?

SACAT. Justamente. Mi padre se arrojó furioso sobre aquellos desalmados, y despues de una lucha encarnizada, los puso en medrosa fuga y entró en esta choza con el

niño en brazos. Aquel niño era Ricardo, y la parrilla es aquella. (Está colgada en el hogar.)

MARICA. Jesús, María y José!

RICARDO. (¡Qué miserable! ¡qué desgraciada cuna!) (Cubriéndose el rostro.)

MARICA. ¡Pobre chico! Ya le voy perdonando.

SACAT. Al morir mi padre, me hizo jurar que yo no abandonaría á Ricardo, hasta el dia en que sus padres vinieran á reclamarlo; pero veo que tardan mucho. (Óyese un toque de caza.)

MARICA. ¿Qué es esto?... ¡Qué alboroto!... (Estrépito de trompas de caza y aullidos de perros.)

SACAT. ¡Qué estrépito! .. (Asómase Ricardo á la ventana.)

RICARDO. (Dios mio! ¡Es ella!)

MARICA. Si es su excelencia el duque, nuestro amo y señor, con la duquesa y su hermosa hija!

RICARDO. (Con desaliento.) (Una duquesa!)

SACAT. Gran cetrería! (Óyese otro toque de caza.)

MARICA. Hermosísimos caballos!

RICARDO. (Abatido.) (¡Es una duquesa!)

ESCENA IV.

DICHOS: HALCONERO, seguido de algunos pajes. El Halconero es una graciosa jóven vestida de hombre. Trae en la mano un halcon con capirote.

HALC. Dios os guarde, honradas gentes.

MARICA. Venid con él. ¿Qué busca en esta humildad el Halconero? ¿Un instante de reposo?

HALC. No; algo más que eso. Oidme atentamente. El duque del Encinar, nuestro amo y señor natural, á quien Dios prospere... (Se descubre.)

SACAT. y MARICA. Amen!

HALC. Perdió en la selva, hace unos dias, un medallon rodeado de diamantes espléndidos, en el cual se encierra el retrato de su hermosa hija Aurora.

RICARDO. (¡El que yo encontré!)

HALC. Una fortuna ofrece el egregio duque por el hallazgo de la joya.

RICARDO. (No se apartará de mí aunque me valiera un cetro.)

HALC. Pero, ¡ay del villano codicioso que la encuentre y no la restituya por el afan del lucro! Colgado de una almena del castillo hallará la muerte.

SACAT. (Ay qué aprieto! Sólo con pensarlo me está doliendo el pescuezo.)

MARICA. Podeis creer, señor Halconero, que no teníamos noticia de semejante pérdida; pero desde hoy buscaremos mata por mata... (Con gran solicitud.)

SACAT. (Id.) Y piedra por piedra esa alhaja preciosa.

HALC. Dichosos vosotros si conseguís hallarla.

RICARDO. (Mirando por la ventana.) (Qué hermosa mujer! Ántes muero que desposeerme de su retrato!)

HALC. Y ahora, adios. Tomad este anillo: si hallais la joya, él os dará paso hasta la estancia de los duques, hoy vedada á todo el mundo, á causa de los malhechores que infestan el país. (Le entrega el anillo á Marica.)

SACAT. Gracias, y el cielo os guíe. (Váse el Halconero.)

MARICA. Un anillo! Cuál reluce! Cómo me gustaría llevarlos en todos los dedos para dar denteras á las vecinas!

SACAT. Una riqueza dice que ofrece el señor duque!... Es preciso hallar el medallon aunque se halle en el vientre de una corza! (Con gran codicia y con gran rapidez lo que sigue.)

MARICA. Vamos, maridito mio, á ofrecérselo así á su excelencia de rodillas á sus piés.

SACAT. Pero habla tú por los dos, que á mí se me pone carne de gallina cuando veo cara á cara á su feudal grandiosidad. (Vánse.)

ESCENA V.

RICARDO sólo.

Miserable condicion!

Buscarla para venderla!
No es más hermoso tenerla
iempre sobre el corazon?

MÚSICA.

Joya del alma mia,
tú representas
mis ilusiones puras
sobre la tierra.
Estas pupilas claras,
divinos soles,
forman el casto nido
de mis amores.
Joya del alma,
de mi pecho ya herido,
tú no te apartas.
Si has de ser mia
dame el vivir:
si no he de verte
dame morir. (Con ternura y gran expresion.)

HABLADO.

Corro tambien decidido
á verla, saltando abrojos,
y tal vez verá en mis ojos
el amor que en mi ha encendido.
Si mi penar la interesa,
yo iré labrando en su pecho... (Se detiene.)
Y apoyado en qué derecho
voy á hablar á la duquesa?
Posible es que su altivez
me llame, si ve este amor,
miserable leñador,
hijo del crímen tal vez,

y que de su orgullo avara
disponga con signo fiero
que el látigo de un montero
cruce mi atrevida cara.
Y ante sus ojos, allí,
sin que mi cariño venza,
me moriré de vergüenza!...
Cuán desdichado nací!
Por qué, Ricardo? quién es?
qué timbre su nombre abona?
Quién tuviera una corona
para rendirla á sus piés
envuelta entre mil preseas!...
Mas, ¿dónde mi nombre brilla?
Ah! miserable parrilla,
maldita mil veces seas!

(Estrella la parrilla contra el muro de la chimenea.)

ESCENA VI.

RICARDO; ALHELÍ por la chimenea.

ALHELI. Gracias á Dios.

RICARDO. Quién va?

ALHELI. Un ser agradecido. Condenado estaba yo á dormir en ese muro, hasta que álguien estrellara esa parrilla.

RICARDO. No os comprendo.

ALHELI. Algun dia lo comprenderás. En señal de agradecimiento, toma, te regalo el mango. (Preséntaselo.)

RICARDO. Es una burla? De qué me sirve eso?

ALHELI. Á un caballero no le sirve una daga de pedrería? (Convierte el mango en brillante daga.)

RICARDO. Á un caballero? Dios de bondad! Lo soy por ventura?

ALHELI. De príncipes eres hijo; pero no podrás usar tu nombre y tus blasones hasta que tus hazañas te hagan digno de ostentarlo.

RICARDO. Si con valor han de lograrse, mucho encierra el corazon que late en este pecho.

ALHELI Esta daga tiene un valor mágico, inapreciable. Cuan-

do quieras realizar algun deseo no tienes mas que blandirla. Sírvete de su poder para hacer bien únicamente. Si lo pones al servicio de las malas pasiones, perderá su influencia mágica. Lee bien lo que lleva escrito en la hoja.

RICARDO. (Lee.) «Me revuelvo contra quien
quiera hacerme criminal.
Tú mismo hallarás el mal
sino me usas para el bien.»

¿Qué es esto? Dadme alguna prueba de su poderío.

ALHELI. Tan hermosa daga necesita una espada que la enaltezca. (Saca una espada del barrote de una silla.)

RICARDO. Jesús!

ALHELI. Y estas armas no han de pender del cinto de un villano, sino del cinto de un caballero. (Ricardo se trasforma en caballero.)

RICARDO. Qué admiracion!..

ALHELI. Y adios, libertador de mi esclavitud.

RICARDO. Os vais tan pronto?

ALHELI. No puedo detenerme. El cielo guie tus pasos. No olvides nunca el lema de esa hoja, ni lo que voy á decirte. ¿Quieres ser feliz en tus amores? Rescata á Aurora del poder de los bandidos; lee el porvenir y adquiere una rosa del ROSAL DE LA BELLEZA. Adios. (Desaparece.)

ESCENA VII.

RICARDO.

¿Es un sueño cuanto me rodea? No, no; es una dichosa realidad.

ESCENA VIII.

DICHO, SACATRAPOS y MARICA. Estrépito de cornetas, tiros y voces.

MARICA. (Socorro!.. Socorro!)

SACAT. Dios nos ampare!

RICARDO. Qué ocurre?

SACAT. Que los bandidos han robado á la preciosa hija del duque nuestro señor!

RICARDO. ¿Qué me decís? ¡Miserables!

MARICA. ¿Pero; qué vestiduras son esas?

SACAT. ¡Es verdad! ¿Anda por aquí la hechicería?

RICARDO. Ahora lo que importa es salvar á la duquesa del poder de sus raptores, y yo la salvaré.

MARICA. Yo estoy aturdida! Y qué galano está con ese traje.

SACAT. El duque ha ofrecido la mano de su hija y sus Estados al que consiga rescatarla.

RICARDO. ¿Su mano? Yo la rescataré!.. Comience mi vida de aventuras. Sacatrapos, ¿quieres seguirme?

SACAT. ¿Adónde?

RICARDO. Qué se yo? hasta el fin del mundo.

SACAT. Y hasta sus arrabales soy yo capaz de seguirte. Pues á fé que me gustan poco estas cosas novelescas! Ya estamos andando. Sobre todo, porque no puedo más: estoy hasta aquí del genio de mi mujer. Andando se quita el frio.

MARICA. Te digo que no has de irte.

SACAT. Qué no? No, más que echando á correr.—Sácame las alforjas.

RICARDO. Para este viaje no las necesitas.

SACAT. Es que á mí, en faltándome la bota de jarabe... Sin vino soy hombre al agua.

RICARDO. Lo que tú necesitas es servirme en calidad de paje. (Sacatrapos queda grotescamente vestido de paje.)

SACAT. y MARICA. Jesús!

SACAT. Valiente mozo! (Muy sério.) Cuántas víctimas voy á hacer! Vamos, cuidado, que estoy buen mozo!

MARICA. Qué has de irte! Los maridos no han de abandonar á sus mujeres...

SACAT. Calla.

MARICA. Los maridos han de vivir pegaditos á la falda de su esposa. (Hablando muy de prisa.)

SACAT. Calla!

MARICA. Y ántes me hacen cecina ó picadura de embutido, que me separe de tí! Mal marido, mal hombre! ¡mal padre, mal hijo, mal nací...

RICARDO. ¡Calla! (Blande la daga: queda Marica con la boca abierta.)

SACAT. Y esto, ¿qué es?

RICARDO. Que la he dejado muda por venticuatro horas.

SACAT. ¡Qué favor acabas de hacerle á la humanidad!

RICARDO. En marcha.

SACAT. ¡Qué par de guapos!
¡Marchemos á largo trote!
Ni el hidalgo don Quijote
va á igualarse á Sacatrapos (Vánse.)

MUTACION.

CUADRO TERCERO.

LOS BANDIDOS.

Bosque intrincado. Grandes peñas. Muy accidentada la decoracion. De un árbol pende una hacha; de otro una mano humana. Algunos otros miembros humanos penden de las rocas.

ESCENA IX.

Coro de bandidos que se reparten el botin. FEROZ y TRABUCO, despues GAMO. Algunos bandidos están descerrajando baules y una maleta. Todos los demas, repartidos en artísticas agrupaciones, beben y hablan entre sí. Trabuco está sentado en una peña.

MUSICA.

CORO. Va creciendo en mi pecho la avaricia;

ya mi sed de riqueza no halla fin,
pues se aumenta y se enciende mi codicia
con el brillo del oro del botin.
Viva el oficio;
viva el ladron;
vivan los hombres
de corazon!
Viva mil años
el capitan!

—

Pero callemos!...
Pero callad.
Porque tienen más olfato
que cualquier can
los famosos cuadrilleros
de la hermandad,
y podrán donde anidarnos
llegar á oler,
y vendrán nuestras guaridas
á sorprender.
Conque callad
con discrecion
y no chistad.
Chiton, chiton!

TRABUCO. No os quiero yo, cobardes,
no: voto á brios!
Á ver si oyen los ecos
de mi cancion.

CORO. Vuelen los ecos
de tu cancion.

I.

TRABUCO. Rey de la selva el bandido,
meditando sus hazañas
de la tierra en las entrañas
tiene oscura habitacion.
Águila luego atrevida
que salva montes y breñas,

en las cimas de las peñas
establece su mausion.
De las montañas,
de las cabañas,
de cumbre y llano
mi palabra y ley;
y de vertientes,
y de torrentes
soy soberano
yo soy el rey.

—

CORO. De las montañas, etc.

II.

TRABUCO. Hoy la jornada fué hermosa:
gran botin, soberbio y rico,
en las garras y en el pico
se quedó del gavilan.
Mi cuadrilla es ya famosa,
porque son á más honrados
mis bandidos esforzados
y valiente el capitan.
Los cuadrilleros
vengan ligeros:
dejen el llano,
nada es su ley,
De las cabañas
y las montañas
de cumbre y llano, etc.

HABLADO.

TRABUCO. No, camaradas: no hay que temer á la santa hermandad. Gran jornada la de hoy! Vamos á repartir el botin. —Toma ese collar. Toma esa tumbaga. (Sacándolo de les baules.)

FEROZ. Yo quiero ese bolsillo.

TRABUCO. Y yo no quiero dártelo.

FEROZ. Por qué?
TRABUCO. Porque es cosa mia.
FEROZ. Eso lo veremos.
TODOS. Qué vas á hacer?
FEROZ. Á darte un bofeton. (Lo intenta.)
TRABUCO. Miserable! (Lo sujeta.) Un compañero vuestro puso anteayer su mano en mi rostro!—Ahí está su mano.
TODOS. Ah!
TRABUCO. Y allí el hacha conque se la corté. Aún conserva bueno el filo, y queda fuerza en este brazo.
FEROZ. Perdóname, Trabuco!
TRABUCO. Aquel desdichado tenia la mano inquieta: abofeteaba á todo el mundo... por eso se la corté. (Se arrodilla Feroz.) Así os quiero, sumisos y disciplinados... No hay cuadrilla posible sin estas cualidades... Quién llega?
GAMO. (Saliendo.) Soy yo. La duquesita queda encadenada en el fondo de la caverna.
TRABUCO. Muy bien. El precio del rescate será cuantioso.
GAMO. En cuanto á la madre de la duquesita, como es vieja y fea, la he dejado escapar.
TRABUCO. Bien hecho. Y ahora á descansar. Retiraos, y ojo con los vigías. (Vánse todos poco á poco, repitiendo el estribillo de su cancion.)

ESCENA X.

RICARDO y SACATRAPOS.

RICARDO. Por aquí debe hallarse la caverna.
SACAT. Qué rendido estoy!.. Y vengo cubierto de hormigas á fuerza de andar entre los matorrales... Y qué sinuosidades buscan para divertirse conmigo! (Rie.)
RICARDO. (No quiero deber el rescate á mi talisman, sino á mi propio valor.) Sacatrapos?
SACAT. Señor?
RICARDO. Intérnate en el monte.
SACAT. ¿Que me interne?.. Voy... voy... voy... (No se mueve.)

RICARDO. ¿Tienes miedo?

SACAT. Miedo al monte? Pues si mi fuerte es internarme en el monte.

RICARDO. Anda...

SACAT. Voy, voy, voy. (Sin andar.)

RICARDO. Y reconoce la espesura.

SACAT. Otro fuerte mio: reconocer la espesura. ¡No me gusta mucho la espesura qué digamos!

RICARDO. Que andes, digo.

SACAT. Andando. (Como si me llevaran á ahorcar.) (Váse, derecha.)

ESCENA XI.

RICARDO.

Yo la rescataré; leeré más tarde el porvenir y arrancaré una flor del ROSAL DE LA BELLEZA. Animo me sobra para todo. Una sola dificultad me asalta: leer el porvenir. Quién me enseña ese libro?

PLANETA. (Dentro.) La, la, la. (Entonando un cantar gitano.)

RICARDO. Qué es esto? algun bandolero?

PLANETA. Á la pas é Dios, güen moso...

RICARDO. (Siento una extraña impresion!)

PLANETA. Yo sé la buena ventura.
Conque... ¿se la digo ó no?

RICARDO. Vete, y no mas me importunes.
Basta de conversacion.

PLANETA. Cuesta un grillo dos calés
y se lo escucha, señó.
No vargo yo más que er bicho?
Ucé tiene una esason
y soy capaz de curarla
porque se lo digo yo.

RICARDO. Si un ducado es lo que buscas,
vete, y te regalo dos.

PLANETA. Su mercé será menistro;
generá ú embajador,

pero el loben se lo guarda.
Paresco lo que no soy:
Soy yo más rico, sien veses,
que un rey y un emperaor
de esos que en cuarquiera juerga
se gastan medio millon.

RICARDO. ¿Eres tan rico?

PLANETA. ¡De buten!
Y es mi riquesa un farol
chiquitillo, mu pequeño;
pero con la condision,
es farolillo que tengo,
de que larga un resplandor
que alumbra er tiempo presente;
er tiempo que ya pasó,
y er tiempo que ha de venir. (Con intencion.)

RICARDO. Es de veras?

PLANETA. Como er sol?
¡Poco claro que lo enseña!
¡qué barbian que es mi farol!
Daría ucé por tenerlo
cuatro mil ducados.

RICARDO. ¿Yo?

PLANETA. Cabal. Su mercé quisiera
deletrear un renglon
de lo que de aquí á argun tiempo
pasará....

RICARDO. ¡Poder de Dios!
dí. quién eres?

PLANETA. Un gitano.
¿Ucé tiene corazon?

RICARDO. Para cuanto hay en el mundo.

PLANETA. Pos si ucé tiene valor
ha de ver lo porvenir
á la luz de mi farol.
Ucé no ha visto una cueva
que hay por aquí alrededor?

RICARDO. ¿No es la cueva del misterio?
PLANETA. La mesmita, lo asertó.
En cuanto caiga la tarde
espero yo allí al señor.
¿Vendrá su mersé?
RICARDO. Sin falta.
PLANETA. ¿Verdad?
RICARDO. Palabra de honor.
PLANETA. Pues Dios le acompañe á ucé.
Paso á pasito me voy
á ponerle al farolillo
los cristales de color,
y una torsiita nueva
pá que alumbre de mistó.
Que me echen flores ar paso,
que erramando grasia voy. (Váse.)

ESCENA XII.

RICARDO, en seguida SACATRAPOS.

RICARDO. Me infunde temor ese hombre!
¡Qué nécia supersticion!..
Á realizar mi proyecto:
para ello tengo valor.
SACAT. Aquí estamos todos.
RICARDO. Quédate en este sitio. Voy á llegarme á la boca de la gruta.
SACAT. Otro de mis fuertes, llegar á la boca.
RICARDO. Es necesario que nos prendan los bandidos. Sacatrapos, da una voz.
SACAT. Si de miedo tengo la lengua pegada al paladar.
RICARDO. Pues estornuda.
SACAT. No tengo ganas.
RICARDO. Hazte cosquillas en la nariz.
SACAT. Vaya una manía! Para qué? Si estoy bien así!...
RICARDO. Obedéceme.

SACAT. Vaya, que es mucho cuento!... Nada: vamos á hacernos cosquillas... (Coge del suelo una paja.) Valiente ocurrencia!

RICARDO. Yo entre tanto haré por encontrar la entrada de la gruta. (Váse.)

ESCENA XIII.

SACATRAPOS.

Y ahora, tenga vuesamerced ganas ó no las tenga, introdúzcase esta arista por el agujerito... Y no hay más remedio. Si yo pudiera burlar su vigilancia!... Cá, aunque se ha marchado está presente, porque como es brujo... Y el caso es que al primer estornudo vendrán los bandidos y harán gazpacho con mi persona. Vaya si vendrán al primer estornudo!... Apenas tengo fuerzas en las ternillas! Un estornudo mio es un cañonazo... Me constipé este invierno y estornudé tres veces. La primera fué en la iglesia de mi pueblo y apagué todas las luces del altar mayor. La segunda en la cocina de mi casa, descolgué toda la loza. Diez ducados me costó la broma. La tercera vez fué en la plaza frente por frente al campanario. Pues estornudé, y con el aire eché á vuelo las campanas. De manera que aquí voy á desgajar las ramas. Preparémonos á la catástrofe. (Se mete la pajita en las narices.) Ay, qué gusto! ay, qué gusto!... No, pues no es bastante. Vaya una segunda introduccion. (Repite el juego.) Ahora sí que va. Ahora sí que... ahora sí que... atchí! (Estornuda.) Ya creo ver á los bandidos... Y yo desarmado!... Atchí!... Y que cuando me pongo no sé cuándo acabar. Atchí! Si me la introduzco por tercera vez, no acabo en la vida. Oh! Allí veo un arma... un hacha! Cojámosla por lo que pueda sobrevenir. (Va á coger el hacha, que se mueve como una aldaba, y le corta á Sacatrapos la mano derecha.) María Santísima! Me he quedado manco de la mano derecha! Y lo pasmoso es que la mano se ha evaporado! Yo

no la veo! Y me voy á desangrar! Pero, ¿y la mano? Oh! si está allí! Y quién la ha colgado? Nada, yo (Se refiere á la que indicó Trabuco.) la cojo, puesto que es mia y á nadie le debe nada: y como aún está tierna la sangre, es fácil la ensambladura. Me la pego, y en paz. (Hace lo que dice.) Pero esta mano no es mía! Yo no soy tan (Despues de habérsela pegado.) moreno... y tengo las uñas más sonrosadas. Sin embargo, salgo ganando, porque la mano es mucho más grande. (En efecto, la mano es casi descomunal.) Y ademas... atchí! atchí! atchí! (Estornuda muchas veces seguidas.) Ahora sí que aprieta el constipado: lo ménos voy á soltar noventa y siete! Atchí! atchí! (Estornuda sin parar.)

ESCENA XIV.

SACATRAPOS y BANDIDOS, entre ellos TRABUCO.

BAND. Ah! infame, boca abajo! Date á prision.

SACAT. (Aquí fué troya!) No hagais fuego, que me rindo.

TRABUCO. Esa es tu suerte, mentecato!

SACAT. Cómo mentecato? ¿Mentecato? Á mí! Toma! (Le da un bofeton.) María Santísima, lo despampané!

TRABUCO. Vas á morir!

SACAT. Pero si yo no quiero pegar!... Eso es contra mi voluntad. Le pido á usted que me perdone. (Le da otro.)

TRABUCO. Pero esto es una burla!...

TODOS. Á él.

SACAT. Señores, si yo soy un hombre inofensivo... (Empieza á hacer pucheros, y al mismo tiempo á repartir bofetones.) Crean vuesas mercedes que mi amabilidad no tiene límites. No soy yo... que no soy yo... Es la mano, la pícara mano... que se va ella sola.

TODOS. Ay! ay!

TRABUCO. Fuego!

TODOS. Fuego! (Música en la orquesta.)

ESCENA XV.

DICHOS, RICARDO, á poco AURORA.

RICARDO. No, que yo lo impido, miserables! Sirvan vuestras armas de escalera á la duquesa Aurora. (En el fondo ábrese una roca: por ella aparece Aurora. Las armas forman una vistosa escalera. Los bandidos quedan convertidos en dos pasamanos expléndidos. Gran panorama de lago.) Libre os hallais, señora.

AURORA. Á dónde me conducís?

RICARDO. Á casa de vuestro padre. (Baja Aurora.)

SACAT. Se trocaron los pobretes en nada! Seberbio hechizo!— Al que me tosa lo atizo dos docenas de moquetes.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

LA GRUTA DEL MISTERIO.

Decoracion muy oscura y corta, compuesta sólo de un rompimiento y un telon.

ESCENA PRIMERA.

EL PLANETA arreglando un farolillo de cristales de colores, y multitud de gitanas y gitanos.

MUSICA.

CORO.

CORO. Cabiloso el hombre está
aviando su farol.
PLANETA. Quince y falta le da ya
con su luz el mismo sol.
CORO. Pero dicen, pero cuentan,
no prosigo, pero sé...
En fin, cual me lo contaron
te lo contaré.

I.

Pacto dicen que el Planeta
le ha firmado á Satanás,
que le envía aceite hirviendo
del que gasta por allá.
La torcida es de los cuernos
de un demonio algo rabon,
y es el soplo del demonio
quien enciende ese farol.

—

Por eso á esa luz,
que nunca alumbre,
le llaman... Jesús,
María y José!
Así se contó
por la vecindá,
mas jurar no puedo yo
que lo dicho es la verdad

II.

El aceite, segun dicen,
tiene mezcla de alquitran
desleido en la caldera
del demonio capataz.
Y se dice que ayer noche,
yo lo sé de buena voz,
por allí con una alcuza
un demonio penetró.

—

Por eso á esa luz, etc.

HABLADO.

PLANETA. Ya tengo listo er farol.
¡Qué buen compuestiyo está!
¡Eh, silencio, cabayeros!
que me hace farta escuchar

si yega gente á la gruta. (Callan los gitanos)
(Yo pienso que no vendrá.)

RICARDO. (Dentro.) ¡Ah de la cueva!

PLANETA. (Con alegría.) ¡Güen moso!
Cabayeros, á sorná. (Vánse poco á poco los gitanos.)

RICARDO. (Dentro.) ¡Ah de la cueva!

PLANETA. Adelante.
Es valiente. Aquí está ya.

ESCENA II.

EL PLANETA, RICARDO y SACATRAPOS.

RICARDO. Como ves, llego á tu cita
con toda puntualidad.

PLANETA. Pos si es su mercé el recibo
de mi casero, cabá,
que en cuanto pasa un menuto
de cumplío er mes... ya está.

SACAT. (¡Qué alegre es el viejecillo!)

RICARDO. Tengo gran curiosidad
de saber mi porvenir.

PLANETA. ¿Ensiendo la novedad? (Alude al farol.)
Se ve con este farol,
si se echa la vista atrás,
hasta el tejido der traje
que gastaba er padre Adan;
y si se jecha pa elante
se puen de fijo contar
los chatos de la nariz
que el año tres mil jabrá.

SACAT. El traje de Adan presumo
que de igual tela será
que el que gasto yo de noche
cuando me voy á acostar.

PLANETA. Duerme ucé vestío?

SACAT. ¿Yo?

PLANETA. Entónces... (Le habla al oido.)
SACAT. (Idem.) Cabales.
PLANETA. (Muy serio.) ¡Ya!
RICARDO. Veamos el porvenir.
PLANETA. Oigamusté, camará.
El porvenir no está hecho;
lo forma la humanidad
con los actos que practica;
con lo que sembrando va.
Recogerás lo que siembres,
dise un antiguo refran,
tan cierto en el órden físico
como en el órden moral.
Siendo la chipé el adagio,
claro es que recogerá
mucho bien quien siembre bien;
mucho mal quien siembre mal.
Pa conocer lo futuro
no hace farta... ¡vamos, ná!
Sierre un momento los ojos
por la noche cada cual;
medite lo que ha sembrado
y lo que sembrando va,
y á la lus de la conciencia
que nunca se ve apagá,
y con los ojos del alma
en el porvenir leerá.
Y basta de *filosófia*,
que marea. ¿No es verdad,
que pa ser yo así un gitano
me explico muy regular?
SACAT. (No le quemaron la lengua
con la papilla. ¡Ya, ya!)
RICARDO. Veamos lo porvenir,
y no me impacientes más.
PLANETA. Pues pregunte su mersé.
SACAT. (Voy tambien á preguntar.)

RICARDO. ¿Qué me espera en mis amores?
Decidlo.

(Apunta el Planeta con el farolillo á la tapia, y se trasparenta la palabra siguiente:)

TRASP. *Felicidad.*
RICARDO. Gracias.
SACAT. Y á mí qué me espera?

(Se trasparenta un enorme cuerno.)

¡Un cuerno? ¡Qué atrocidad!
RICARDO. Ciñe corona mi frente?

(Se trasparenta una gran corona ducal.)

¡Una corona ducal!
SACAT. Y mi corona, cuál es?

(Se trasparentan dos enormes orejas de pollino.)

¡Anda!
PLANETA. Y lo que crecerán.
RICARDO. Decidme: ¿qué soy?
TRASP. *Un noble.*
SACAT. ¿Yo qué soy?
TRASP. *Un ánimal.*
SACAT. ¡Jesús!
PLANETA. (Con sorna.) Y que estos letreros
disen siempre la verdad,
sin faltar ni tanto así.
SACAT. Pues ya no pregunto más.
RICARDO. La llave que abre el jardin
donde se cría el ROSAL
DE LA BELLEZA, ¿se encuentra?...
PLANETA. Lo sé: en el fondo...
TRASP. *Del mar.*
RICARDO. Al Polo corro á buscarla. (Váse.)
PLANETA. Si tú le sigues, serás...
SACAT. ¿Qué seré?
PLANETA. Pues serás eso.

(Se trasparenta en el término inferior del telon una gran cabeza de pollino.)

SACAT. Vaya una barbaridad!

Eso ya lo soy.

PLANETA. Y escucha:
si no vuelves al lugar
al lado de tu mujer,
mira, mira.

(Se trasparenta una gran cabeza de toro.)

SACAT. ¡San Pascual!
Eso sí que no lo quiero.

RICARDO. (Dentro.) ¿No quieres echar á andar?

SACAT. Sí, pero echando una suerte.
¡Jé, toro!... toma. Ya está.

(Como saltando al trascuerno la cabeza del toro.)

No le hay ni más atrevido
ni más valeroso le hay.

MUTACION.

Una estufa de hielos y plantas submarinas. Decoracion hasta la tercera caja. Bailete de hijas del mar. Terminado el baile, vienen Alhelí y Marica: ésta trocada en ninfa Espuma.

ESCENA III.

ALHELÍ y MARICA.

ALHELI. Despejad, habitantes del Polo Norte.

MARICA. ¡Qué extraño es para mí todo esto!

ALHELI. El buque está ya á la vista.

MARICA. Pues llegar el buque y sacarle los ojos á mi marido, todo será uno. Bribon, haberme dejado muda por espacio de ocho días! Entre mis uñas va á dejar la piel.

ALHELI. Poquito á poco. Si descubro en tí perversas inclinaciones, te desposeeré de ese alhelí, cuyo poder mágico te ha trocado en la ninfa Espuma.

MARICA. Pero mi marido, ¿á qué viene á estos apartados climas?

ALHELI. Siguiendo á Ricardo y Aurora que vienen á buscar la llave del jardin donde se cria el ROSAL DE LA BELLEZA.

Sin la posesion de una de sus flores, jamás Ricardo podrá casarse con Aurora.

MARICA. ¿Quién tiene esa llave?

ALHELI. Galatea, nuestra diosa.

MARICA. Y yo, qué voy á hacer á todas estas?

ALHELI. Seguir á tu marido y reducirle á un buen vivir por los medios que te conceden esa flor y mi proteccion.

MARICA. Un alhelí!

ALHELI. Has invocado en tu choza un favor sobrenatural. Yo te lo concedo.

MARICA. Mucho mejor sería que este alhelí hiciera que mi marido se enamorara de mí perdidamente.

ALHELI. Imposible. Esa flor no puede producir más que amor platónico.

MARICA. No sé lo que es.

ALHELI. Amor purísimo, amor inocente, amor angelical...

MARICA. Ya! en el Limbo.

ALHELI. Justamente.

MARICA. Pues no me sirve.

ALHELI. No obstante en ese amor cabe el martirio de los celos.

MARICA. ¡Ah! pues voy á hacer que mí marido conozca ese martirio, para que pueda apreciar el que me hace sufrir.

ALHELI. No me opongo á ello.

MARICA. Quiero que mi marido se enamore... sin... vamos, sin... es decir, platónicamente de un imposible.

ALHELI. Ya se ha verificado el portento.

MARICA. ¿De veras?

ALHELI. Pronto lo verás, puesto que aquí está el buque...

MARICA. ¡Ah! Yo compondré á mi señor marido (*Váse.*)

ALHELI. Vamos á velar por la suerte de Ricardo.--Audaces viajeros, llegad en buen hora á la region del Polo Norte. (*Váse.*)

ESCENA IV.

Atraviesa el mar del fondo que se vé á través de los cristales, un buque, á cuyo bordo vienen AURORA, RICARDO, SACATRAPOS y algunos marineros. Mientras pasa el buque se oye la siguiente

BARCAROLA.

CORO.
Los hielos del Norte
valientes cruzad,
que á Aurora defienden
los génios del mar.
Los últimos hielos
romped con valor,
que en estas regiones
impera el amor.
Llegad, llegad,
que á Ricardo le espera
la felicidad.
Venid, venid,
que venturas y amores
aguardan aquí.

ESCENA V.

ALHELÍ, MARICA.

HABLADO.

ALHELI. Aquí están los viajeros.

MARICA. En mala hora llegan. Si supieras lo que acabo de descubrir.

ALHELI. ¿Qué pasa?

MARICA. Vuestro protegido Ricardo está amenazado de una gran desgracia

ALHELI. Explícate.

MARICA. Galatea, la hija del mar, que para protegerle ha seguido á Ricardo durante su travesía por los hielos del Polo, se ha enamorado de él perdidamente.

ALHELI. Amor sin esperanza. Ricardo no ama sino á Aurora.

MARICA. Y la hija del mar es vengativa. Tratará primero de seducir á Ricardo...

ALHELI. Vano será su intento.

MARICA. Y si resiste á la seduccion, la venganza será horrible.

ALHELI. Consiga él la llave del jardin donde se halla el ROSAL DE LA BELLEZA, que nada importa lo demas.

MARICA. No disgustará Neptuno á su hija predilecta. No le concederá la llave. Así me lo han asegurado.

ALHELI. Ya veremos. Aquí están mis protegidos. (Esquivaré su presencia.) (Váse.)

MARICA. Á recibirlos vengo de parte de Neptuno. Acompañadlos, hijas del mar.

ESCENA VI.

MARICA, AURORA, RICARDO y SACATRAPOS. Este muy triste y pesaroso.

Un grupo de hijas del mar ofrecen á Aurora hojas y conchas marinas de exquisito gusto. Terminada la primera parte de la barcarola, quedan las hijas del mar en graciosa actitud, rodeando á Aurora y á Ricardo.

MARICA. El rey de las aguas, mi soberano y dueño, noticioso de vuestra llegada, me envía á ofreceros en su nombre cómoda hospitalidad en su palacio submarino. (No me han conocido.)

AURORA. Llevad á su trono de coral y perlas una expresion de nuestra gratitud profunda.

SACAT. ¡Qué triste estoy! (Está como embobado.)

RICARDO. Dignaos, hijas del agua, indicarnos dónde está el aposento que nos alivie de los rigores del clima de esta region.

MARICA. Si os servís acompañarme

SACAT. ¿Y para mí nada os ha dicho el rey del líquido elemento? Qué cuarto se me destina?

MARICA. Ninguno. (¡Qué cara pone!)

SACAT. (Sí; me meterán en la perrera, seguro.)

MARICA. ¿Quién sois?

RICARDO. Es nuestro paje.

SACAT. Bien, que no me importa... porque como estoy tan triste...

MARICA. (El amor platónico.)

AURORA. ¿Vamos?

RICARDO. Vamos.
¿No vienes tú, buena pieza?

SACAT. Quedarme solo he pensado:
bien está el enamorado
á solas con su tristeza.

RICARDO. ¡Cómo! ¿Amor?

SACAT. De gran pureza:
y de mi alma en el altar
yo le sabré conservar
libre de terrestres brumas
más puro que las espumas
de las olas de la mar.

RICARDO. ¡Qué lenguaje!

AURORA. ¡Desvaría!

SACAT. Mi honradez os lo asegura.

AURORA. Quédate con tu locura,
y vamos.

RICARDO. Sí, Aurora mia.

AURORA. Que mi corazon ansía
de su amor en la grandeza,
poder lograr con presteza
de este mar en el confin,
esa llave del jardin
del ROSAL DE LA BELLEZA.

(Vánse. Repite la orquesta para hacer el «mútis» el estribillo de la barcarola. Las bailarinas, haciendo movimientos, siguen á los amantes.)

ESCENA VII.

SACATRAPOS.

¡Necios! Se burlan de mí
y hasta ofenden el decoro
porque no ven el tesoro
de cariño que hay en mí.

—Es tan dulce y tan poético, que hablo en rima á lo mejor sin darme cuenta de ello.—Qué apacible melancolía!—Venía yo á bordo contemplando la inmensidad de los mares y rascándome los sabañones, cuando de repente la ví...

Entre la rojiza bruma,
desnuda, la crencha suelta,
cómo una sílfide envuelta
entre cendales de espuma!

Que me había enamorado súbitamente de ella, lo conocí en que de pronto dejaron de picarme los sabañones. Señal evidente de que toda la sangre se me había agolpado al corazon.

En éxtasis yo celeste
y presa ya del cariño,
le hice con gracia este guiño
y me contestó con este.
Dulce belleza sin par;
¡bien haya por años mil!
¡cuán coqueta y cuán gentil
asomaba por el mar!
De resistirla no hay modo;
y pues luchar fuera en vano,
voy á ofrecerla mi mano
con sabañones y todo.
Si corre sangre en sus venas,
de puro amor encendida,
aceptará agradecida

estas cinco berengenas. (Los dedos.)
Pero si me despreciara
con labio agresivo, irónico,
de un sopapo así platónico
le deshacía la cara.
Y que á esta manaza mia,
tan copiosa, tan bien hecha,
sé yo que le viene estrecha
cualquiera fisonomía.
¡Sólo el verla es mi fortuna!
¡Mis deseos ha escuchado!

(Aparece en el horizonte sobre la línea del mar inmediatamente una hermosa luna de gran tamaño.)

¡Ay! estoy enamorado
como un loco de la luna! (Pónese de rodillas.)
¡Tu amor en mi pecho priva!
—¡Y está gruesa!—No me inquietes.
—¡Valiente par de mofletes
se trae la casta Diva!—
Rendido estoy á tus piés,
luna hermosa y nacarada. (La luna se pone rojiza.)
(¡Ay! se ha vuelto colorada!
¡Qué vergonzosilla es!
De descocada no peca;
iguales somos los dos.) (La luna se hace amarilla.)
—Yo te adoro.—¡Santo Dios!
¡en amarilla se trueca!
¿Qué es eso, adorada Fílix?
¿No estás á mi amor propicia?
(Esto es que tiene ictericia,
Es un derrame de bílis.)
¿Cómo, ¿rabiosa? Protesto.
Si me haces otra amenaza,
levantando esta manaza
te pongo verde.—¿Qué es esto?

(La luna se ha vuelto verde.)

No sabe lo que se pierde.

Ese color no lo quiero.
En el hombre está bien, pero
la mujer no ha de ser verde.
Siempre habré de estar en vela...
(La luna se hace morada.)
¿Qué, morada? Quita, quita.
No, perdona, pobrecita.
si es que tiene erisipela.
No lo ví al pronto, soy franco.
De nuevo cambiando está.
(Vuélvese blanca y empieza á desaparecer.)
¡Otra vez blanca, y se va?
Esto es que me deja en blanco.
Casta Diva, ten clemencia.
¡Oye, ingrata, no te alejes!
Mofletuda, no me dejes
á la luna de Valencia.
Aunque no había aquí gente,
siento herido mi decoro!...
¡Y sin embargo, la adoro!
Voy á seguirla...

ESCENA VIII.

SACATRAPOS y MARICA.

MARICA. ¡Detente!

MÚSICA.

DUETO.

MARICA. Para calmar la cólera
que dan los astros
como el que huyó,

hay en el mundo bípedos
con los encantos
que tengo yo.

SACAT. (Muy guapa es!)
Dime quién eres.

MARICA. Te lo diré.

—

Yo soy la ninfa Espuma;
es mi palacio el mar;
ligera cual la pluma
me sé balancear.
Si el mar bravío ruje
con son aterrador,
me estrello con empuje,
me rompo con furor.
Si quieta el agua
del golfo veo,
de olita en ola
me balanceo:
como las naves
flotando voy.
Soy la piragua
para moverme
y soy la sola
para mecerme.
Conque ya sabes
lo que yo soy.

SACAT. Ahora lo sé.

MARICA. Y tú quién eres?

SACAT. Yo te diré.
Á un lado la modestia.
Yo soy un animal,
enamorado de otro
á no poder ya más.
Mi amor es el platónico
y yo no sé lo que es.

MARICA. Estar con los pastores

bailando allá en Belén.
El amor que necesitas
te explicaré.

(Cuando Marica deja de cantar habla al oido de Sacatrapos, y éste hace lo mismo con ella cuando se interrumpen sus frases.)

Tú necesitas... (Le habla al oido)
SACAT. Mucho que sí!
MARICA. Muy cariñosa... (Lo mismo.)
SACAT. Me haces reir!...
MARICA. De cuando en cuando... (Id.)
SACAT. Ahí duele, ahí! (Animándose.)
MARICA. Con mucho mimo...
SACAT. Me haces reir!... (Rie á más y mejor.)
¡Já, já, jé, jí, jí, jí!
Eso, eso, eso
es lo que necesito.
¿Y dónde lo hallaré?
MARICA. En mi, que...
Si quieta el agua
del golfo veo, etc.

(Sacatrapos le hace el duo con la siguiente letra.)

SACAT. La boca en agua
por tí me veo:
tú eres la ola
de mi mareo.
Como las naves
flotando voy...
Yo soy piragua:
para moverme
de olita en ola,
verás mecerme.
Conque ya sabes
lo que yo soy.

HABLADO.

SACAT. Con esas dulces palabras

de nuevo me das la vida.
No quiero hacer más el oso,
que bastante...

MARICA. No te aflijas.
Lo que has de hacer es buscar
una dulce compañía:
una esposa honrada y huena...

SACAT. Si soy casa... (No lo digas.) (Tapándose la boca.)

MARICA. Ya sé yo que estás casado.

SACAT. ¿Yo casado?...

MARICA. Sí, no finjas,
que sabemos la verdad
por arte de brujería.
Estás casado en tu aldea...

SACAT. Yo?...

MARICA. Con una tal Marica...

SACAT. Es cierto, y le cuadra el nombre,
porque habla más la maldita
que cincuenta y seis cotorras
de las de lengua más fina.

MARICA. Por qué la has abandonado?
dime...

SACAT. Porque no podía
resistir aquel geniazo
que tiene. ¡Si es una víbora!
¡Ay, qué existencia me daba
mi señora mujercita!
Los lunes, platos al aire;
los martes, al aire sillas;
los miércoles, muebles rotos;
los jueves, las lagrimitas;
los viernes, el gran escándalo,
y los sábados, seis riñas.

MARICA. Y qué le dabas tú á ella?

SACAT. Pues todo lo que quería.

MARICA. Los lunes, leña de pino;
los martes, leña de encina;

miércoles, leña menuda;
los jueves, leña gordita:
y los viernes, leña seca,
y el sábado, seis palizas:
doce tundas semanales,
que salen á dos por dia.

SACAT. Bien: y descansaba el sétimo,
como manda la doctrina.
Es decir, no descansaba...
que el domingo... ¡qué delicia!
no en balde, al verse llorosa
decía la pobrecita:
¿por qué toda la semana
no será dia de misa?

MARICA. ¿Por qué la tratabas mal?

SACAT. Yo? porque no la quería.
Es fea, con la nariz
hácia la izquierda torcida;
y un ojo mira á Poniente
y el otro á Levante mira,
y una oreja apunta al Norte
y otra apunta al Mediodía;
y es jorobada, y es coja.
Pues si fuera tan bonita
como vos... y tan esbelta,
y tan graciosa, y tan fina,
y tan monona, y tan dulce...

MARICA. (¿Pues no es una picardía
que encuentren mala su casa
y hallen buena la vecina?)

SACAT. (Me parece que la rindo.)
¿Por qué os mostrais tan esquiva?
Diera yo toda mi sangre
por esa mano tan linda;
porque más que las estrellas
tus ojos radiantes brillan,
y es panal de dulces mieles

esa tu boca divina.
MARICA. De igual manera, de amores
requeristeis á Marica,
y su firmeza ablandasteis
con vuestra palabrería.
SACAT. No, que la ablandé con brevas
muy sabrosas y muy ricas.
MARICA Pensad si fueron castañas.
SACAT. Brevas fueron, bella ninfa;
pues yo una breva tiraba
y otra breva me engullía,
y poseo un paladar
que nunca ha dicho mentiras.
MARICA. Pues resultaron pilongas.
SACAT. Porque irían escondidas.
MARICA. Así las mandan los hombres.
SACAT. En fin, blanca Espuma mia,
con frutos ó con palabras
de puro afecto nacidas,
mi corazon lo que anhela
es rendir tu tiranía,
y ablandar esa esquivez...
MARICA. Notando voy que vacila
al oiros. . .
SACAT. ¡Ojalá!
y cayera esa brevita.
MARICA. (Lo que importa es atraerle.)
¡Te adoro!
SACAT. (Con pasion.) ¡Boca divina!
Pues si contó las semanas
por desazones Marica,
tú vás á contar los meses
por glorias y por delicias.
Seré en Enero una yema.
MARICA. ¿En Febrero? (Rápido.)
SACAT. Una torrija.
MARICA. ¿En Marzo?

SACAT. Seré una miel.
MARICA. ¿En Abril?
SACAT. Seré un almíbar.
MARICA. ¿En Mayo?
SACAT. Seré jalea.
MARICA. ¿En Junio?
SACAT. Una mantequilla.
MARICA. ¿En Julio?
SACAT. Garrapiñada.
MARICA. ¿En Agosto?
SACAT. Capuchina.
MARICA. ¿En Setiembre?
SACAT. Una compota.
MARICA. ¿En Octubre?
SACAT. Seré piña.
MARICA. ¿En Noviembre?
SACAT. Un alajú.
MARICA. ¿Y en Diciembre?
SACAT. Unas natillas.
Todo el año viviremos
en plena confitería.
Y á ver si me dan un trago
en la próxima cantina,
que con tanto hablar, me siento
la garganta en carne viva.
¡Qué sed tan abrasadora!...
Un vaso de agua en seguida.
MARICA. ¿Volverás?
SACAT. Sí volveré.
MARICA. Pues adios.
SACAT. Hasta la vista.
MARICA. ¡Retrechero!
SACAT. ¡Retrechera!
MARICA. ¡Remonono!
SACAT. ¡Remonina!
MARICA. ¡Picaruelo!
SACAT. ¡Picaruela!

MARICA. ¡Borreguito!
SACAT. ¡Borreguita!
MARICA. ¡Te idolatro!
SACAT. ¡Te idolatro!
MARICA. Pues adios.
SACAT. Hasta la vista.
MARICA. (Yo haré que te veas pronto
bajo la férula mia.)
(Vánse cada cual por su lado.)

ESCENA IX.

NINFAS y SÉRES del agua. GALATEA y CORAL.

Terminado el bailable, en el cual ha bailado un gran paso Galatea, queda ésta pensativa y triste. Agrúpanse á su alrededor los séres del agua manifestando gran interés.

CORAL. (Á Galatea.) Disipad la tristeza, hija del mar, que en breve tomareis justa venganza de los desdenes del ingrato Ricardo.

GALAT. *(Airada dice que sí.)*

CORAL. Ni ofertas, ni dádivas, ni las mágicas seducciones submarinas, han sido parte á lograr que Ricardo desdeñara á la duquesa Aurora.

GALAT. *Manifiesta con dolor que ya lo sabe.*

CORAL. Así, pues, la hora de la venganza ha sonado.

GALAT. *Dice que sí, furiosa.*

ESCENA X.

DICHOS y ALHELÍ, que se recata entre un grupo de séres del agua. El público ha de ver bien á este personaje para que oiga perceptiblemente lo que dice.

ALHELI. ¡De la venganza! Sepamos cuál es.

CORAL. ¡Hola! (Preséntanse dos enormes cangrejos trayendo una bandeja de plata con dos copas de oro.) Contiene esta copa el licor del orgullo. Haced que lo beba Aurora para que desdeñe á Ricardo.

GALAT. *Dice que bien.*

CORAL. Esta segunda copa encierra el agua del desamor: quien la bebe deja de amar y envuelve su alma en la más fria indiferencia. De esta copa beberá Ricardo.

ALHELI. (¡Pobres amantes!... ¿Y qué hago yo, si mi poder es ineficaz en esta region?

CORAL. Aquí llegan. ¡Ea, valor! si temblais, os vereis obligada á entregar á Ricardo la llave del jardin del ROSAL DE LA BELLEZA, que estrechais en vuestra mano.

GALAT. *Dice que nunca.*

CORAL. Hélos aquí en demanda de la llave. (Armonía en la orquesta.)

ESCENA XI.

DICHOS, AURORA y RICARDO, con séquito.

CORAL. Llegad, nobles viajeros, á recibir de manos de Galatea, la hija del mar, la ansiada llave del ROSAL DE LA BELLEZA. (Galatea la presenta.)

AURORA.
Mil gracias os doy, señora,
porque esa llave en verdad,
guarda la felicidad
de la desdichada Aurora.

RICARDO.
Benigna con ella sed,
que esencia es de la virtud.

CORAL.
En señal de gratitud.
con Galatea bebed.

(Galatea recibe una copa que le dá un ser marino: coge Ricardo la suya, y la suya Aurora: chocan las tres copas.)

ALHELI.
(Si yo encontrase un proyecto!...
¡Qué apuro!)

CORAL.
En esta region
el dar una libacion
es una prueba de afecto.

RICARDO.
¡Yo os lo agradezco, señora!...

ALHELI.
(¡Qué horrible mal se prepara!)

ESCENA XII.

DICHOS, SACATRAPOS.

SACAT. Por un ojo de la cara
no se encuentra una aguadora.
Y qué sed! Es el non plus!

CORAL. Bebed, que fuera una ofensa...

RICARDO. Por vuestra dicha. (Á Galatea. Bebe Aurora.)

SACAT. Dispensa.

(Le quita la copa y la apura.)

Hasta verte, buen Jesús!

(Golpe de campana. Gran movimiento.)

MUSICA.

GRAN CONCERTANTE.

Tras del golpe de campana empieza muy piano la orquesta. Gran ansiedad. Todos miran á AURORA que ha apurado

AURORA. Corre en mis venas
frio cruel!
¿Qué es lo que siento?
Yo no lo sé.

RICARDO. Aurora mia! (Con interés.)

AURORA. ¡Rara emocion!

RICARDO. No me conoces?

AURORA. No sé quien sois.

CORAL. (Piano.) Son los efectos
de ese licor.

RICARDO. Dí que me quieres:
dílo por Dios. (Anhelante.)

—

AURORA. Magnífico palacio

alzarse viendo estoy:
el cielo es su techumbre
y su cimiento el sol.

(*Con majestad y orgullo, y hablando como impulsada por una fuerza misteriosa é irresistible.*)

En su recinto hermoso
de goces y placer
seré la soberana,
monarca yo seré.
Vasallos todos,
correr, corred;
mi poderío
venid á ver. (*En actitud de fiero orgullo.*)

—

RICARDO. Ignoro si es un sueño
lo que mirando estoy,
y siento aquí la muerte.
¡Ay, pobre corazon!
¿Por qué la humilde Aurora,
mi dicha y mi placer,
há poco enamorada
me mira con desdén?

—

Tristes ensueños,
desapareced.
Lágrimas mias,
corred, corred!

(*Con frenética desesperacion. Para concertar, Ricardo y Aurora repiten su frase. El coro los acompaña en la siguiente estrofa:*)

CORO. Supone que es ensueño
y es obra del licor,
y siente horribles dudas
su pobre corazon.
Porque la altiva Aurora
su dicha y su placer,
há poco enamorada,

lo mira con desdén.

—

Es poderosa
y hermosa es:
su poderío
vamos á ver.

HABLADO.

ALHELI. ¡Imbécil! (Á Sacatrapos.)
SACAT. ¿Por qué te atufas?
¡Por un trago tantas penas!
¡Ay qué frio! Por mis venas
circula sangre de chufas.
Señor, ¿dónde me zambullo?
en aceite puesto á hervir.
CORAL. (Á Galatea.) Su efecto va á producir
la pócima del orgullo.
RICARDO. ¿Por qué miras rigorosa?
por qué, mi bien?
AURORA. No lo sé.
RICARDO. Yo no adivino por qué
conmigo tan desdeñosa!...
AURORA. Qué, no lo adivinas?
RICARDO. No.
AURORA. ¿Y ni siquiera lo infieres?
RICARDO. Aurora, qué, ¿no me quieres?
AURORA. ¿Qué has dicho? ¿quererte yo?
RICARDO. ¡Oh, qué enojosa altivez!
AURORA. Amar no me fuera dable
al leñador miserable,
hija del crímen tal vez.
¿Por qué cubierto no miro
tu semblante de sonrojos?
Por qué levantas los ojos
al espacio en que yo giro?

¿Quién eres tú, y á qué vienes
sin timbres y sin caudal,
ni qué diadema imperial
puedes ceñir á mis sienes?
No manche el villano aliento
mi grandeza sobrehumana.
Deje al águila que ufana
vague en la region del viento.
Los ojos ante ella incline
y ni su clemencia pida;
deje al águila atrevida
que á los cielos se avecine,
llevando en sus plumas bellas
que dora el sol una á una,
los nácares de la luna,
los fuegos de las estrellas:
del iris y sus colores,
labor afiligranada;
la lluvia cristalizada
que rueda sobre las flores.
Aunque te amara anhelante
ocultaría mi amor,
para que el rojo rubor
no me tiñera el semblante.
Mas mi amor no lograrás,
leñador ni caballero.
Ni te quise, ni te quiero,
ni he de quererte jamás. (Váse.)

ESCENA XIII.

DICHOS, menos AURORA.

RICARDO. ¡Muriendo de pena voy!
Qué me sucede, Dios mio!

SACAT. Pero, señores, ¡qué frio
y qué indiferente estoy!

RICARDO. Esto es un sueño sin duda!
¡En qué mal hora la ví!
¡Que no me quiere! Ay de mí!
(Cae de rodillas casi desvanecido.)

SACAT. Pues la chica es tartamuda!

RICARDO. Por su desdén moriré.
No me quiere, no me quiere.

ALHELI. Ved que Ricardo se muere.

SACAT. Que lo entierren: ¿y á mí qué?

RICARDO. Creí en sus promesas ciego.
Ingrata mujer!

ALHELI. Decidlo.
Genios mios, conducidlo
á los palacios de fuego.

CORAL. Espera: aún puede tu suerte
cambiarse y ser bonancible
Quiere á esta ninfa. (Por Galatea.)

RICARDO. ¡Imposible!

CORAL. ¿Por qué?

RICARDO. Prefiero la muerte. (Cae al suelo.)

CORAL. Hija del mar, con presteza,
pues avenencia no cabe,
volved al mar esa llave
del ROSAL DE LA BELLEZA. (Galatea la arroja al mar.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y MARICA.

ALHELI. Ligera como la bruma
la dicha huyó!

SACAT. ¡Estamos guapos!

MARICA. ¡Hola, señor Sacatrapos! (Muy enamorada.)

SACAT. Adios, señorita Espuma. (Muy frio.)

MARICA. ¡Qué frialdad! ¿qué es esto, amigo?
¿Y aquella amorosa llama?
¿Qué ha sido aquello?

SACAT. ¡Camama!
Que me he quedado contigo. (Váse muy serio.)

MARICA. ¡Jesús, y qué accion tan fea!
Cara me la has de pagar.

CORAL. El triunfo, séres del mar,
ha sido de Galatea. (Gran apoteosis submarina.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Interior de unas minas. Decoracion corta. Filones de plata, oro y otros metales, incrustados en la tierra de las paredes.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen PLOMO, AZOGUE y MARICA, (bajo la apariencia de Imán:) los tres en secreta conferencia durante el siguiente coro.

MÚSICA.

CORO DE MINEROS.

De la tierra las entrañas
yo destrozo con mi pico,
hago al hombre grande y rico:
yo soy pobre nada más.
Díme tú, diosa Fortuna,
casquivana y caprichosa,
si algun dia veleidosa
mi destino cambiarás.
Tan, tan! (Golpes de pico.)
Tan, tan!

Mi destino, por desgracia,
mi destino es trabajar.
Ten, ten!
Ten, ten!
Trabajando, trabajando,
trabajando moriré.

HABLADO.

MARICA. Sí, compañeros, sí. Se trata nada ménos que de restablecer una felicidad conyugal perdida hace algun tiempo.

PLOMO. Por causa de la mujer?

MARICA. Por causa del marido, como siempre.

PLOMO. Nunca!

MARICA. Siempre!

PLOMO. Nunca!

MARICA. Qué pesadez! La frialdad del marido...

AZOGUE. Y qué esposa le permite á su cónyuge visitar la region de los hielos del Norte?

MARICA. Ella no ha dado su permiso.

PLOMO. Sí! (Este es un personaje fastidioso y pesado.)

MARICA. No!

PLOMO. Sí!

MARICA. No!

PLOMO. Sí!

MARICA. (Furiosa.) Qué pesado sois!

PLOMO. Como que soy el plomo.

AZOGUE. Imán, nuestro compañero tiene razon: no se te puede sufrir!... Eres un machaca insoportable!... Estoy deseando perderte de vista!... No hay quien aguante á ese metal! (Este personaje nunca está quieto.)

MARICA. Ni á tí tampoco. ¿Quieres estarte quieto?

AZOGUE. ¿Cuándo ha podido estarlo el azogue?

MARICA. Es verdad. En fin, ¿quereis que cumpla ó no las órdenes del monarca del fuego?

LOS DOS. Si.

AZOGUE. Cuáles son? (Yendo siempre de un lado á otro.)

MARICA. El marido en cuestion es un pobre leñador de tierra de Castilla.

AZOGUE. Eso está en Europa?

PLOMO. En España.

MARICA. Este honrado trabajador...

PLOMO. Aun queda un español que trabaje?

MARICA. Quereis no interrumpirme? Este honrado trabajador, cegado sin duda por la avaricia, en calidad de paje de un hechicero, va corriendo el mundo en busca de aventuras. Su mujer le sigue de cerca. Ya empezaba ella á enternecer el corazon de su esposo, cuando al llegar á los hielos del Polo se le ha enfriado el alma al marido, hasta el punto de ser su corazon un pedazo de granito.

PLOMO. Ó de esto. (Dándose un golpe.)

MARICA. La desconsolada esposa ha conseguido del monarca del fuego que venga el leñador á su palacio...

AZOGUE. Ya! para someterlo á la prueba del calor...

MARICA. De ese calor, único sosten de la vida conyugal.

PLOMO. Pero, ¿tan frio se ha quedado el mozo?

MARICA. Ni esto. Una indiferencia completa. Si le hicieron beber la pócima de la frialdad!...

PLOMO. ¡Ah! pues nosotros le encenderemos la sangre.

MARICA. Mucha falta me está haciendo.

PLOMO. Lo creo.

AZOGUE. ¡Y yo! (Golpe de campana.)

MARICA. Ahí está el leñador.

PLOMO. Y nosotros, ¿qué hemos de hacer? Á qué reales órdenes os referiais?

MARICA. Á las de prepararlo para la gran prueba. Á ir encendiéndole la sangre poco á poco para que se halle bien dispuesto en el momento de la prueba decisiva.

PLOMO. Si no es más que eso... á un santo de piedra se la quemo yo.

AZOGUE. ¡Y yo! (Nunca para.)

ESCENA II.

DICHOS y SACATRAPOS, acompañado de dos guardias.

SACAT. Muchos pedruscos son estos para tanta oscuridad. ¡Cuánto va á que me rompo el alma! Pero á mi qué me importa? Yo estoy como en el limbo. Conque á mí...

MARICA. (Pobre Sacatrapos de mi vida! ¡Si supieras que soy Marica bajo la apariencia de la piedra Imán! ..)

SACAT. Pero, hombre, esta es una impiedad. ¿No hay por aquí una lucecita siquiera? En las minas del palacio del fuego no haber ni un mal candil? ¿Aunque á mí?...

ESCENA III.

DICHOS, TIZON 2.°, seguido con cuatro tizones con la cabeza ardiendo. Alúmbrase un poco la escena.

TIZON 2.° Estais servido.

SACAT. Y ¿á quién debo agradecer la merced?

TIZON 2.° Soy Tizon segundo, gran dignatario del palacio igneo.

SACAT. (Cualquiera te entiende.)

TIZON 2.° Tizon primero me encarga deciros que en breve pasareis al recinto del soberano. La operacion que van á haceros...

SACAT. ¿Qué van á hacerme la operacion?

MARICA. (¡Pobrecillo!)

SACAT. Aunque bien mirado, ¿qué me importa? ¿Á mí?...

TIZON 2.° Dicha operacion será dirigida por Tizon tercero.

SACAT. (Otro Tizoncito?)

TIZON 2.° Y secundada por Tizon cuarto, Tizon quinto y otros varios Tizones.

SACAT. (Pues señor, esto és una leñera.)

TIZON 2.° Interín llega el instante de la recepcion podreis restaurar la fuerzas perdidas en este viaje...

SACAT. La sed ya se me pasó, pero tengo hambre canina.

TIZON 2.° Ved allí las viandas que os ha preparado Tizon sexto...

SACAT. (Y dale!)

TIZON 2.° Con la ayuda de Tizon sétimo, primer cocinero de la ardiente boca.

SACAT. (No puedo más!) Tizon segundo, dignaos decir á Tizon primero que sus bondades, las vuestras, el talento de Tizon tercero, el de los Tizones cuarto y quinto, y la habilidad del Tizon número seis, ayudada por la del número siete, han encendido en mi alma una hoguera de agradecimiento. Y no hablo de los demas Tizones, porque sería añadir leña al fuego, y bastante caliente estoy de verme encerrado hace dos horas en esta augusta carbonera. (Desesperado.)

AZOGUE. (Se indigna!... Aun tenemos hombre.) (Á Marica.)

MARICA. (Buena falta hace!)

TIZON 2.° Nada más tengo que añadir, Tizon segundo, á vuestro servicio.

SACAT. Sacatripas, al vuestro.

ESCENA IV.

DICHOS, menos los TIZONES.

Plomo sigue los pasos de Sacatrapos y no se aparta de él un solo momento. Azogue va de un lado á otro incomodando á Sacatrapos. Marica hace lo mismo.

SACAT. Creo que se va un poco quemado.

MARICA. No ha entendido la pulla.

AZOGUE. Cá! si es un tronco!...

PLOMO. Pues tiene su historia.

SACAT. Efectivamente, me parece un madero.

PLOMO. Pues tiene su historia.

AZOGUE. Está casado en terceras nupcias.

SACAT. ¡Se me figura que ha de tener más madera en la cabeza!...

PLOMO. ¡Mucha!... ¡Y gran historia!

AZOGUE. Sí.

SACAT. ¿Que tiene á su cargo el suministro de carbon?

MARICA. Es el encargado de repartir la leña en el reino.

SACAT. ¡Ya! el ministro de la guerra.

PLOMO. Y tiene su historia.

AZOGUE. General de limpios antecedentes.

SACAT. Los antecedentes serán muy limpios, pero su actualidad es bastante súcia.

PLOMO. Pues tiene su historia.

SACAT. (Á Marica.) ¿Y quién es el tio este?

MARICA. El Plomo.

SACAT. No en balde es tan pesado.

AZOGUE. Es inaguantable.

SACAT. Pero quereis estaros quieto, señor mio?

AZOGUE. Si soy el Azogue.

SACAT. Pues me han metido entre buena gentecilla!

MARICA. (Pues ahora verás la que te espera con el Imán.)

SACAT. Puesto que voy á comer ¿no podriais aliviarme del peso de esta coraza de acero?

AZOGUE. ¡Imposible! los extranjeros han de usarla necesariamente en nuestro reino.

SACAT. Pues morirán de dolor de estómago, como yo voy á morirme.

MARICA. (Aquí tengo el aparato inmantado.)

AZOGUE. Vaya, comed, que bien lo necesitais.

SACAT. Tengo la boca abrasada desde que he entrado aquí. ¿Teneis un sorbo de agua para enjuagarme?

AZOGUE. ¿Agua en el fuego? ¿no veis que nos apagaría?

MARICA. (Empiece la atraccion.)

SACAT. ¡María Santísima!... ¿Qué es esto? (Corre hácia atrás á pesar suyo impulsado por el aparato que tiene Marica.)

MARICA. ¿Qué os ha pasado?

SACAT. No sé.—¿Pues qué bebeis en esta region?

AZOGUE. Aguarrás y espíritu de vino.

SACAT. ¡Qué aliento tan perfumado tendrán las cortesanas... Pero... ¿qué es esto? (Otro efecto de atraccion.) ¡Y dále!... ¿Quién me hace correr?

PLOMO. Esas carreritas tienen su historia.

MARICA. Permaneced tranquilo, que es irreverente vuestra

conducta.

SACAT. Si no puedo.

PLOMO. Pues os la voy á contar.

SACAT. ¿El qué? (Vociferando aburrido.)

PLOMO. La historia esa.

SACAT. (Cómo me está calentando la sangre este tio!)

AZOGUE. Quereis de este pastelon?

SACAT. Es de perdiz?

AZOGUE. De rescoldo.

SACAT. No en balde abrasa el pícaro! Buf! (Soplando.)

AZOGUE. No sopleis.

SACAT. Que nó? Buf! (Se enciende en llama el pastel.)

AZOGUE. ¿No os lo dije?

SACAT. Como en mi tierra es costumbre soplar la comida caliente...

PLOMO. Conque, atencion, que os la voy á contar. (Moviendo Marica el aparato, obliga á Sacatrapos á dar saltitos.)

SACAT. Vamos, me saca de quicio... el Plomo. (Otro efecto de atracion.)

PLOMO. Es corta: cuestion de un par de horitas.—¡Qué salto! ¡Otro? ¡Atiza!

SACAT. ¡Que atice?... Pues toma!... (Le da un bofeton.) ¡Hombre! ¡qué alegría! ¡Cómo me voy animando. (Se sonríe.)

PLOMO. Valiente manita!

SACAT. Pues tambien tiene su historia. Ya se mueve... ya se mueve!...

PLOMO. Me ha abollado el carrillo!

AZOGUE. Ha sido la bofetada équis!

SACAT. Pues toma la hache. (Bofeton.)

AZOGUE. ¡Ay! (Se para en seco.)

SACAT. (Lo paré!) Y estoy dispuesto á repartir todo el abecedario. ¡Cómo me animo! Lo que me carga son estas carreritas!... Ea, ea; que no quiero saltar... que no quiero saltar!... que no quiero saltar digo! (Gran fuerte en la orquesta.)

MÚSICA, CUARTETO.

SACAT. Yo quiero en vez de saltos
inconvenientes,
tomar un bocadito,
tranquilamente.

MARICA. Pues á comer.

LOS TRES. La broma que te espera
la vas á ver.

I.

SACAT. Con los frios del hielo del Norte
se despierta apetito voraz:
las viandas del rey de los fuegos
con mis dientes voy á devorar.
La comida me gusta caliente
y los platos me huelen muy bien,
pues ganemos de pronto la mesa..
Á la una, á las dos.

TODOS. ¡Á las tres!

(Marica agita el aparato inmantado: baila Sacatrapos sin poder acercarse á la mesa.)

SACAT. ¡De nuevo los saltitos
están aquí!
¡Y cómo me revienta
saltar así!
Al ver el movimiento
doime á entender
que el baile de *San Vito*,
sin duda es.

—

(Azogue repite el estribillo con la letra que ha dicho Sacatrapos. Marica imita el acompañamiento de un instrumento y Plomo el de un trombon.)

II.

SACAT. El ataque de nervios sufrido

me parece que ya se marchó.
Ya me encuentro sereno y tranquilo
y el cansancio ya se me pasó.
¡Cuán hermosos manjares me esperan!
¡Con qué gusto los voy á comer!
Pues ganemos la mesa de pronto.
Á la una, á las dos...

TODOS. Á las tres.

(Se repite el juego y el resto de la cancion.)

HABLADO.

SACAT. No puedo más!... Estoy derrengado... Esta es una infamia. . Y vais á pagar cara la burla. (Se dispone á pegar.)

ESCENA V.

DICHOS, TIZON 2.° y su servidumbre.

TIZON 2.° Deteneos.

SACAT. Que den gracias á vuestra llegada.

TIZON 2.° Es la hora de la operacion. (Suenan las dos.) Las dos.

SACAT. ¿Ahora son dos las operaciones?

TIZON 2.° No hay que perder un instante. Venid, porque terminada la prueba á que va á someterse al viajero Ricardo, entrais en turno. ¿Vamos?

SACAT.
Vamos... en seguida:
con bríos me siento ya,
porque por mis venas va
circulando nueva vida!

MARICA.
(Quiera el cielo en su bondad
dar calor á mi marido:
bien sabe Dios que lo pido.
con mucha necesidad.)

MUTACION.

Gabinete en el palacio del fuego. No hay más colores que oro, grana y ceniza.

ESCENA VI.

En el centro del teatro, sobre una fantástica camilla, yace RICARDO. EL REY DEL FUEGO y toda su córte. GUARDIAS, etc.

MÚSICA.

CORO Y BAILE.

La vida es hermosa
y es dulce y es grata,
si arroyos de plata
fecundan su ser.
La arrastran dichosa
lujosas vertientes,
que el oro á torrentes
engendra el placer.
Tras la dicha
y los placeres,
tras el oro
y las mujeres,
marchad y seguid,
seguid y marchad.
Y al robarles sus delicias,
su tesoro,
sus caricias,
cantad y reid,
reid y cantad.

HABLADO

REY. Oidme, vasallos.—Nuestro elemento está amenazado

de un gran peligro. Neptuno, el dios de las Aguas, nos amenaza con apagar nuestro encendido reino, si Ricardo, el caballero que yace tendido en ese lecho, no bebe el licor del olvido contenido en esta copa. (Una que tiene en la mano.) La princesa Galatea, la ninfa del agua, ama locamente á ese mancebo, á quien ha seguido desde el fondo del mar, y él la desprecia por la duquesa Aurora, su prometida. Mientras no la olvida, la hija de los mares debe renunciar á la esperanza de ser amada de Ricardo. Joyas, tesoros, placeres, seducciones de todas clases; poned en juego vuestro influjo para que Ricardo apure este licor. La salvacion del reino os impone ese deber. Ay de nosotros si no conseguimos nuestro objeto. Ricardo debe estar indignado contra la princesa Aurora, que le ha cubierto de desdenes en plena córte de Neptuno. Estimulad su ira con vuestra poderosa fascinacion. Ricardo empieza á recobrar el sentido... que los desaires de la duquesa le hicieron perder. Desplegad en mi presencia vuestra seduccion.

MUSICA.

CORO.

Despierta ya,
despierta ya.
Vuestras fascinaciones
desplegad.

(Sigue la música. Despierta Ricardo y se maravilla de hallar tanta riqueza.)

HALBADO.

Sobre el parlante de orquesta.

RICARDO. Temblar su desprecio me hizo

y al suelo vine rodado
como la flor del granado
cuando la corta el granizo.
¿Por qué misterioso hechizo
que mis pupilas engaña,
veo esta grandeza extraña
y ese riquísimo techo
en vez de un rústico lecho
de flores de la montaña?
¿Es loca fascinacion?
¿Es que en su sed de un tesoro,
fantasmas de plata y oro
me fabrica la ambicion?
¡Oh! ya acierta mi razon.
¡Todo á adivinar se empieza!...
Es verdad, tanta riqueza.
Es que ella... ¡vergüenza mia!
me enseña su joyería
para insultar mi pobreza!

CORO. (Presentándole alhajas, cetros, coronas imperiales.

Todo el oro que hay aquí,
es, si quieres, para tí.
Mira bien:
oye, ven.

HABLADO.

RICARDO. Harán que loco me vuelva!
¿Mio? ¡me estallan las sienes!
Si yo no tengo más bienes
que mi cabaña y mi selva!

CORO.

Dice un eco por allí:
«la riqueza es para tí.»
Oye bien.
Mira, ven.

HABLADO

RICARDO. Ceda vuestro influjo, ceda:
¡con esa fascinacion
me arrebatais la razon
que en el cerebro me queda!
¡Nuevo ambiente necesito
para no delirar! ¿Quién
me ha conducido á este eden
ó á este infierno en que me agito?
Decidlo. No puedo más,
que en ciegas dudas me anego...

REY ¿Quién? el monarca del fuego
en cuyo elemento estás.
Como poderes iguales
puestos en contradiccion,
el agua y el fuego son
dos elementos rivales.
Allá en el agua en mal hora
do el cariño te llevó,
tu dignidad ultrajó
la altiva duquesa Aurora,
y su desden frio y ciego
tu horrible desdicha fragua:
de los desdenes del agua
te puede vengar el fuego.
Este filtro sobrehumano
con que te brinda un monarca,
aun los poderes abarca
que mi cetro soberano.
Bebe, que inmortal y fuerte
te hará el licor que atesora.
Bebe, y podrás á esa Aurora
conducir hasta la muerte.

RICARDO. ¿Matarla yo? No haré tal,
que fuera matar mi aliento,

¿Cuando ha cegado el sediento
los ojos del manantial?
Matar á mi Aurora? No:
ni lo sospecheis siquiera.
Pues si mi Aurora muriera,
¿de qué viviría yo?

REY. Podrás, dueño del poder,
en riqueza aventajarla.
Podrás tambien olvidarla
y adorar á otra mujer.

RICARDO. Que no habeis amado infiero.
¿Suponeis que yo, al perderla,
me acostumbrara á no verla
y á olvidar lo que la quiero?
Si un hombre... ¡vanos antojos!
tras de ver vino á cegar,
¿podrá jamás olvidar
que le hacen falta los ojos?

ORO. Mas si el poder conseguís
que ese filtro os puede dar,
que esa Aurora os llegue á amar,
conseguireis...

RICARDO. Qué decís?
Quereis que loco me vuelva?
Que me ame! Dichoso instante!
Que á mi choza vaya amante,
que amante vaya á la selva!...
Que bese, ¡esperanza loca!
si yo la besé, una flor,
y oir murmullos de amor
que se escapen de su boca...

REY. Beber lo que ella respira;
no sufrir nuevos sonrojos...

ORO. Y poder alzar los ojos
al espacio en que ella gira ...

REY. Dueño ser en un momento
de la beldad sobrehumana!

ORO. Del águila soberana
que hiende órgullosa el viento.
Con riquezas deslumbrantes
de Aurora cerrar el paso...

REY. Todo esto encierra este vaso
guarnecido de diamantes.

RICARDO. Oh, no! Á beber no me atrevo.

REY. Bebe, Ricardo, en seguida.

RICARDO. Pues disponed de mi vida,
si quereis, pero no bebo. (Arroja la copa.)

REY. (Inquebrantable es su afan!)
Pues me insultas ciego y fuerte,
mi mano ha de darte muerte.

RICARDO. (Dios mio, mi talisman!)

(El Rey le arrebata la daga.)

MUSICA.

CORO Y REY. Al punto encerrado en la prision,
teme las iras de mi furor.
Ah!
El que insulta al Rey del Fuego
debe morir.
¡Muera Ricardo al instante;
muera, sí!
Ven, infame, con nosotros;
sal de aquí,
y no olvides, no, que vienes
á morir.

(Casi arrastrando llévanse los hijos del fuego á Ricardo.)

ESCENA VII.

MARICA envuelta en un largo ropon de color grana con llamas de oro.

HABLADO.

No hay salvacion posible! Mi pobre Sacatrapos ha vuel-

to á enfriarse como en la region del Polo! Si resiste á la última prueba, mi esperanza se ha perdido para siempre. Ahí viene.

ESCENA VIII.

MARICA, SACATRAPOS, NINFAS 1.ª y 2.ª, y otras ninfas bailarinas, que danzan en torno de Sacatrapos. Llega tambien el coro de las hijas del fuego.

SACAT. Pues aquí me teneis á vuestras órdenes, hijas mias podeis hacer con mi persona cuanto os venga en gana. (Se sienta.)

MARICA. Disponed todo lo conveniente.

SACAT. Ah! ¿Eres tú la encargada de hacerme la operacion?

MARICA. Sí.

SACAT. Un cirujanillo muy gracioso!. . Pero ¿á mí?... Y en qué consiste la operacion esa?

MARICA. (Quiera el cielo decidido
que en ella logre la palma!)
En devolverle á tu alma
aquel calor que ha perdido.

SACAT. No me gusta aquel calor,
que horas da muy infelices.

MARICA. No es posible lo que dices.
¿Qué es el hombre sin amor?

SACAT. Un ser dichoso.

MARICA. No es cierto.

SACAT. Y al decirlo se arregosta.

MARICA. Triste junco que se agosta
en la arena del desierto.
Mústia flor que se consume
solitaria en el vergel.
Ajado y mústio clavel
sin color y sin perfume.
Pobre pájaro sin nido
en la torre de una aldea,
no goza quien no pelea

en las lides de Cupido...
Romper las contrarias luces,
hoy llorar, luégo reir;
celos, tormentos, reñir;
ajustar despues las paces
con la persona querida
en vez de encontrarse inerte!...
La indiferencia es la muerte,
como el amor es la vida.

SACAT. Yo no acato ni respeto
tu amorosa teoría,
porque á mí me va, hija mia,
muy bien con el padre quieto.

MARICA. No es posible.

SACAT. Sí señor:
hoy tranquilo duermo y como.

MARICA. Eso no es posible.—El pomo.

(Una ninfa le da á oler una esencia.)

SACAT. ¡Me gusta! soberbio olor!
¡Con buenas esencias vienes!

MARICA. (Si con ellas se consigue...)

SACAT. Anda, prosigue, prosigue...

MARICA. La pomada de las sienes.
(Otra ninfa le frota las sienes.)
No pasiones criminales
estas esencias envuelven,
por el contrario, devuelven
las virtudes conyugales.
Amor, laboriosidad;
cariño tranquilo y quieto;
consideracion, respeto,
virtud y felicidad.

SACAT. Venga un par de frotecitos.
¡Bálsamo muy perfumado!
¡Ay! ¡qué pronto me han untado!
¡qué dedos tan suavecitos!

MARICA. (Su faz no es ya tan adusta.)

SACAT. ¡Cuál me anima esa pomada!
Venga el pomo que me agrada,
y la friccion que me gusta.
Conque usarcé me decía...
Siga... siga... relatando...
¡Bah!.. pues ya va retozando
por el cuerpo la alegría! (Siguen frotando.)
¡Bien se está en este palacio...
¿Por qué me dará esta risa?
Más de prisa... más de prisa...
Más despacio, más despacio.
Á sentir un fuego empiezo...
Mira, ¿por qué refunfuñas?
Ráscame así con las uñas
un poquito en el pescuezo.
¡Jesús!... qué cosa más rica!
¡Qué alegría tan hermosa!...
Y me acuerdo de mi esposa ..
No quiero más que á Marica!
¡Vamos, pues esto no es malo!
Seguid, seguid, picarillas!
Pero, señor, ¡qué cosquillas!
pero, ¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡Qué regalo!
¡Ya voy sintiendo cariño!...
¡Tengo síntomas de amor!...

MARICA. Apurad este licor.

(Le da una copa que tiene una ninfa.)

SACAT. Ay! qué mano! es un armiño!
Y qué bonita y qué fresca!...

MARICA. (Al amor volverá pronto.)

SACAT. (Se la beso así á lo tonto.
Pues señor, algo se pesca.)
¡Vaya un modo de sentir!
Volver al cariño quiero.

MARICA. Pues qué sentis, Caballero?

SACAT. Pues os lo voy á decir.

MUSICA.

I.

SAGAT. Siempre, siempre las mujeres
me gustaron con afan,
y aunque es raro, las bonitas
me gustaron mucho mas.
Un bolcan era mi pecho,
mas me dieron no sé qué,
y alelado indiferente
y hasta frio me quedé.
Mas con esos untos...
Con ese mirar...
Con esa sonrisa...
estoy que ya, ya, run, run.
(Inmitando á la Paloma.)
Venid palomitas
á mi alrededor
Venid y arrulladme
con cantos de amor.
Juntad los piquitos,
las alas alzad,
y á ver las caricias
con que me arrullas.

CORO. Venid palomitas
á su alrededor
venid á arrullarle
con cantor de amor,
Chiquito bonito
de mi palomar
serás el encanto
serás el sultan.

II.

SAGAT. Yo no sé que estoy sintiendo
ni lo podría explicar,

es así como una risa
que no sé por donde va.
Unas veces sube y sube,
baja y baja y va hasta allí;
pero luego se concentra
y quemándome está aquí.
Mas con esos untos,
con ese mirar,
con esa sonrisa,
estoy que ya, ya, qui, qui, riqui.
(Imita el gallo.)
Venid gallinitas
á mi alrededor.
Venid y cantadme
cositas de amor.
Mirad que pereza,
quereisme creer;
pues al gallinero,
que quiere llover.

CORO. Venid gallinitas
á su alrededor
venid á cantarle
cositas de amor.
Mirad que pereza,
quereisme creer;
pues al gallinero
que quiere llover.

HABLADO.

SACAT. ¡En golfo de amor me anego!
Van acabando mis penas.
Lo que corre por mis venas
ya no es sangre, sino fuego.
Mi corazon, si señor,
yo lo juro ¡voto á tal!

es el cuartel general
donde se aloja el amor.
Tú, rubilla, me acomodas,
y tú me encantas, morena:
¡tú eres buena, y tú eres buena!
Me gustan... ¡Me gustan todas!
(Risas y algazara.)
La sangre me siento arder!
Soy jóven y estoy robusto.

MARICA. Respóndeme: y yo, te gusto?

SACAT. ¿Tú?...

MARICA. Marica.

(Se trasforma en la aldeana del primer acto.)

SACAT. ¡Mi mujer!

MARICA. ¡Qué petrificado estás!
Mas dime: ¿de qué te asustas?
¿No te gusto?

SACAT. Sí, me gustas
mucho más que las demas.
No más que á mi esposa quiero.
Tú me quieres?

MARICA. Remuchito.

SACAT. ¡Retrechera! (Gran golpe de campana china.)
¡San Benito!
¿Vive aquí algun calderero?

ESCENA IX.

DICHOS: el coro con puñales, empujando á Ricardo. Repiten el coro de venganza. Terminado, aparece el Rey del fuego blandiendo la daga de Ricardo.

REY. Deteneos. Puesto que resiste á todas las pruebas, he decretado su muerte. Una sola condicion faltaba para que ese infame realizara su boda con la princesa Aurora. La de conseguir una flor del ROSAL DE LA BELLEZA, para destruir la fealdad de la duquesa madre. La llave

del jardin donde el rosal se cria fué arrojada nuevamente al mar por la ninfa Galatea. Ya no te queda ninguna esperanza de unirte á la duquesa. Ama á Galatea.

RICARDO. Imposible!

REY. Ama á Galatea!

RICARDO. He dicho que ántes la muerte.

REY. Pues recíbela. (Vá á herirle. Campaneo.)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, AURORA y ALHELÍ.

REY. Qué es esto? ¿una flor? (El puñal se ha convertido en flor de tallo largo.)

ALHELI. La del ROSAL DE LA BELLEZA. Esa daga era un talisman que servía sólo para el bien. Puesto al servicio de malas pasiones, produce el contrario efecto.

Me revuelvo contra quien
quiere hacerme criminal.
Tú mismo hallarás el mal
si no me usas para el bien.

Por eso se ha convertido en la rosa ambicionada.

REY. (Estoy perdido!)

AURORA Ricardo!...

RICARDO. Aurora mia!

ALHELI Id al palacio de vuestros padres y uníos para siempre en matrimonio. En este cofrecillo están las pruebas de vuestro alto abolengo. Sois príncipe.

SACAT. Si sabía yo que no éramos gentecilla. ¡Somos grandes personajes!

ALHELI. Sois príncipe!

SACAT. ¡Somos príncipes!... Supongo que no nos abandonareis.

RICARRO. Serás mi mayordomo.

AURORA. Y tú mi doncella.

MARICA. ¡Si eso ya no puede ser! (Con ingenuidad.)

RICARDO. Vamos á emprender el viaje.

MARICA. Tomad vuestro alhelí. (Le da la flor.)

AURORA. No vayamos otra vez por los hielos.

MARICA. Ni nos quedemos en el fuego.

ALHELI. En el matrimonio tanto se peca por carta de más, como por carta de menos. Ni frialdad, ni pasion abrasadora. Como regalo de boda ved la morada que os destino. En ella se disfruta la temperatura dulce y tranquila que hace duradera la felicidad conyugal Llevadlos á mi palacio.

Es inmensa su grandeza:
lo ha erigido seductor
el influjo de esta flor
del ROSAL DE LA BELLEZA.

(Gran apoteosis de la felicidad conyugal.)

FIN.

NOTA.

Las empresas que deseen poner esta obra en escena, pueden dírigirse, para obtener facilidades, á D. Ramon Alós, teatro Principal de Valencia, cuyo señor es el propietario del magnífico decorado con que se ha representado en el teatro de la Princesa.